

Inmensos rebaños de ovejas, un viento polar que soplaba furioso por las calles de la ciudad y una cárcel de ladrillo rojo, de estilo colonial, con la misma fama de inclemente que los inviernos. Con eso se resumía prácticamente lo que podía encontrarse en Goulburn, al menos en opinión de la joven que estaba junto a la gramola de la parte trasera del Empire Hotel. Echó un vistazo en derredor, a ver qué ofrecía la noche de viernes: olor a sudor, humo y los típicos posavasos cuadrados de cerveza, de cartón mojado. Cualquier pub medianamente decente de Sídney habría puesto una decoración especial dedicada al viernes trece, o por lo menos los camareros habrían ido de negro. Pero en vez de hallarse en algún restaurante de comida tailandesa de King Street o de escuchar música en vivo en el Brasserie, estaba atrapada en esa población de la autopista Hume donde la gente solo paraba a mear.

Durante toda la noche, cruzaban retumbando por la calle principal de Goulburn caravanas de camiones, cuyos faros traseros dejaban un rastro rojo en las cristaleras de los cafés nocturnos que ofrecían sus menús de parrilladas altas en colesterol. En el lapso de un mes, justo para las Navidades, se inauguraría el nuevo tramo de la Hume y el tráfico circunvalaría Goulburn, sin atravesarla. Desaparecerían las colas de conductores que paraban a repostar, comprar repostería típica y echar una meada en el Big Merino, el distintivo centro comercial con forma de oveja gigante de cemento. La tienda de recuerdos, dentro de la panza de la oveja, tendría que subsistir gracias a los amantes del kitsch que hacían la ruta por las pequeñas poblaciones en busca de sus «grandes especialidades», como la Gran Gamba en Ballina, el Gran Plátano en Coffs o el Gran Queso en Bodalla.

El Empire no era grande. Era un pub de lugareños, cuyo *dress code* consistía en: camisa de franela, vaqueros sucios y botas unisex de serraje con forro de borrego. La chica era consciente de que ellos dos desentonaban allí. La camiseta de manga corta y los pantalones vaqueros de su compañero pertenecían al mundo surfero, no al

ovino. En esos momentos volvía de la barra con las bebidas cogidas con las manos: un whisky para ella y una cerveza para él.

Iba a tener que andarse con ojo. Con esa disparidad alcohólica, no sería buena idea competir a ver quién se bebía más copas.

El televisor del pub estaba encendido pero con el volumen quitado. En pantalla salía Clinton, con su telegénica sonrisa, pero nadie daba muestras de el más mínimo interés en el nuevo presidente de Estados Unidos, un señor que hablaba con acento sureño y tenía éxito entre las mujeres. En el Empire los que dominaban era los Cold Chisel y los AC/DC, rotando a tope en la gramola. Sobre el borde mullido de paño verde de la mesa de billar había una fila de monedas doradas, la prenda que habían depositado los contendientes que iban a jugársela contra el campeón vigente. Entre tacada y tacada, y entre tragos de cerveza servida en vaso de tubo, los lugareños lanzaban miradas a la mesa del fondo.

Ella hacía como si nada. Mejor hacer creer que eran una pareja de enamorados. Inclino la cabeza, bajando mucho la barbilla, para poder oír lo que le estaba diciendo el tipo sentado frente a ella.

—Es un caballo de primera, nena. Ya puedes tirarte de cabeza sin dudarlo.

—¿A ese precio? Me tiro de un trampolín, si hace falta.

—Hey, le vas a sacar cuatro veces la inversión, directamente. No puedes pedir más. Ya verás, los campistas estarán encantados. Tú, encantada; yo, encantado; los clientes, encantados. —El hombre sonrió. El gesto le tensó la tez bronceada por encima de unos pómulos marcados, y le hizo unos frunces en los extremos de unos ojos azules que resaltaban por el contraste.

—¿Y cuándo vas a enseñarme el origen de tanta felicidad? —Tamborileó con los dedos en su mejilla, con cara de tedio.

—La pasta primero. Perdona pero es que aún no me lo creo... Una chavala tan jovencita como tú, llevando sola todo el cotarro...

—Colega, tú estás en la Luna. Hoy en día las chicas nos lo montamos solitas.

—Bueno, todo no, digo yo, ¿eh? —Encendió su mechero con la yema del pulgar, y justo cuando saltaron la chispa y la llama, golpeó con la pierna el taburete alto en el que estaba sentada ella—. Y yo que pensaba que las chicas como tú erais más... tú me entiendes... más ¿tradicionales? Pero se ve que tienes tu puntito de mala, ¿eh?

Ella apuró el whisky y empujó el vaso vacío hacia él.

—Hemos terminado.

—Vamos, Lily, no te pongas así. Ya sabes cómo va la cosa.

—Lo que sé es que hemos terminado.

Un chasquido cerámico señaló el comienzo de una partida en la mesa de billar. Un par de bolas encontraron sendos agujeros y rodaron, con sus golpes amortiguados, por los túneles sin final.

Ella apoyó los antebrazos en la mesa y se inclinó hacia delante para decirle unas palabras al oído.

—Habríamos podido hacer negocios, habríamos podido sacar pasta. —Se inclinó más aún, haciendo que dos lunitas asomasen por el escote de su camiseta. Los ojos azules y la tez morena se le desenfocaron—. Habríamos podido pasarlo bien. Pero no sabes reconocer un trato de verdad y una socia de verdad ni teniéndolos delante de tus narices.

Él se arqueó hacia ella a su vez, bien anclado en su asiento, con los tobillos enganchados alrededor de las patas de su taburete alto.

—La pasta primero. No depende de mí.

—Pues si no depende de ti, entonces a lo mejor tengo que ver a tu jefe.

—Mira, esto es simplemente... una cuestión de confianza. —La sonrisa se le deshizo, las facciones se le endurecieron, una red de arrugas sin broncear apareció como una telaraña alrededor de sus ojos—. No serás una de las Islas, ¿verdad? ¿No tendrás a un puñado de armarios empotrados esperando para echárseme encima ahí fuera, eh?

—Joder, Sam, tranqui, hombre...

—Ná, no, no eres isleña. Más bien pareces una de esas monadas que vienen de Hong Kong. ¡Karateka! ¿Mueves bien los pies, eh?

—Una llama salió despedida hacia ella de entre sus dedos. Ella le agarró la mano, inmovilizándole los dedos, y el mechero se apagó.

—¿Por qué lo dices? ¿Quieres que bailemos?

—Hablas como una australiana. ¿Eres de aquí? ¿O viniste en un bote? *Boat baby*, ¿eh?¹

En lo referente a insultar, aquel memo era un aficionado; había escuchado cosas peores cuando cruzó camino de la barra.

¹ Referencia a los boat people, inmigrantes llegados a Australia en 1975 durante la crisis de los refugiados tras la caída de Saigón. (N. de la t.)

—Sam, me dijiste que tenías material, pero me da la impresión de que no sueltas más que...

—Te juro que es buena, Lily. Cojonuda. Te lo juro por... mm...

—Farfulló algo y se quedó mudo. Empezó a hacer trizas uno de los posavasos cuadrados.

La carcajada de ella tronó dentro de su garganta. Se dobló hacia delante.

—Vale, vale, Sam. Un poco de confianza. Te voy a dar la pasta aquí... —Él movió la cabeza afirmativamente, entusiasmado, hasta que ella se la paró sujetándole el mentón con la palma de una mano—. Pero solo para enseñártela, ¿vale? La puedes tocar, palpar, oler, contar... Como si te la follas. Pero no te la quedas. Vista y no vista. Y tú me das mi caballo y si resulta que es tan de puta madre como dices, entonces la pasta vuelve a aparecer y todos contentos. ¿Estamos?

—Lily y Sam. —Levantó una mano hacia ella para acariciar con los dedos el perfil de su pómulo, y le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Me dan ganas de grabarlo en el tronco de un árbol.

Grábalo en una puta roca, pensó ella. No por eso será más real.

Ella se bajó deslizándose del taburete. Él se bajó torpemente del suyo y la siguió hasta la puerta que daba a la calle de detrás del pub. Tuvieron que abrirse paso a empujones entre una aglomeración de tíos con botas y cervezas, apostados cerca de la máquina expendedora de tabaco. A pesar de los bramidos de Barnsey cantando «Khe Sanh», ella oyó lo que decían, como era su intención:

—¿Qué, alguna vez te has tirado a una china de esas que te montan como locas? Para mí que a la media hora vuelves a estar cachondo.

La risotada de los hombres la siguió incluso una vez fuera, en la noche.

Tenían el coche aparcado al final de una hilera de furgonetas y de sedanes llenos de arañosos de campo. Su carrocería sin mácula no tenía parangón entre sus vecinos de aparcamiento. Del asiento del conductor salió un hombre, una figura alta e imponente, que abrió la puerta trasera del otro lado del coche. No se encendió ninguna

lucécita interior. La luna menguante, todavía inflada y lenta, había asomado por encima del perfil de los árboles y estaba lo bastante alta para iluminar la bolsa de deportes del asiento trasero. La bolsa estaba abierta como la boca de un pez y de ella salía un resplandor apagado, gris. Sam se acercó un poco más, atraído por el brillo metálico de los billetes de cien dólares, pulcramente sujetos con gomas elásticas.

—Entra. Tócalos. Son de verdad —dijo ella, frotándose suavemente los brazos, cubiertos de carne de gallina.

La luz de la luna era débil y acentuaba la oscuridad que comenzaba más allá del lugar de estacionamiento del coche. Aunque estaban ya a mediados de noviembre, el frío nocturno en Goulburn seguía siendo cortante. Y después del ambiente cargado de humo del pub, el aire casi sabía verde: era un aire húmedo, que olía a tierra, un olor intenso a naturaleza salvaje, animal.

—Dile a ese que se largue. —Sam cambiaba el peso de su cuerpo de una pierna a otra—. No pienso entrar en el coche hasta que se aleje.

Ella le hizo una seña al conductor encogiéndose de hombros. El hombre dudó primero y, a continuación, retrocedió y quedó oculto por la oscuridad.

Por la calle principal pasaron trabajosamente unos camiones. La mole del pub apenas absorbía un poco el rugido grave de sus motores. Se oyó una bocina de mano y el chirrido de unos frenos pisados bruscamente. Dieron un respingo, por puro instinto, y al reconocer el sonido se avergonzaron y a continuación lo borraron de su mente: una falsa alarma.

Sam se metió en el asiento trasero del coche e introdujo las manos en la bolsa abierta.

—¿Qué? ¿Hacemos negocios? —Ella se inclinó hacia delante. Sam estaba hojeando un fajo de billetes y hasta ella subió el olor a millares de manos sudorosas que lo impregnaba.

—¿Por qué no? —masculló él. Se encorvó hacia el interior de la bolsa y metió la cara en ella.

Al enderezarse, un haz de luz de luna se fundió con un objeto macizo, metálico, en la mano de él. Un arma de fuego. El cañón era un agujero negro, un bostezo redondo, vacío. Dentro cayeron el tiempo y la luz.

La pálida luna se tiñó de amarillo, mientras Lily caía. El suelo se abrió bajo sus pies, la luna se encharcó de rojo y ella giró sobre sí misma en una pirueta de color y sonido desencadenada por un fogonazo luminoso en mitad de la negrura de la noche, que había detonado hacía toda una vida.

Entonces, la noche de Goulburn se rompió en mil pedazos, en voces que gritaban «¡Policía!», que gritaban obscenidades, que gritaban su nombre, su verdadero nombre, no Lily.

Suspendida entre las fauces abiertas de la puerta del coche, habiendo dejado de ser Lily pero sin ser ella misma aún, se aferró a la vida clavando los dedos en el techo del vehículo. El dolor de las uñas contra la fría superficie metálica la devolvió a la realidad.

CUERPO DE POLICÍA DE NUEVA GALES DEL SUR
Academia de Policía de Goulburn

FORMACIÓN EN MISIONES SECRETAS: N° 32.
Noviembre, 1992.

Informe de situación del simulacro realizado conjuntamente con el programa n° 32 de Formación en Misiones Secretas.

Supervisor del curso: Inspector D. Fowles, oficial jefe de la Unidad de Policía Secreta, Agencia Antidroga.
Distintivo de llamada: Uniform Uno

Nombre de la operación: **Tiger Lily**

Fecha: 13 de noviembre, 1992

Oficial responsable: Subinspector P. Robotham (del grupo de investigadores de Lismore)
Distintivo de llamada: Foxtrot Uno

Agente secreto: *Lily*/ Agente N. Kelly (del grupo de investigadores de Bankstown)
Distintivo de llamada: Lily

Objetivo: *Sam* / Subinspector S. Murphy (de la Policía Secreta de la Agencia Antidroga)

Vehículo del dinero: Agente J. Mathews (del grupo de investigadores de Bankstown)
Distintivo de llamada: Foxtrot Dos

Situación: Compra controlada de droga ilegal y arresto del objetivo.

Medio: Agente secreta «Lily» se cita con objetivo «Sam» para acordar la compra de medio kilo de heroína.

Lugar: Cita en el bar principal del Empire Hotel, calle Auburn, de Goulburn, a las 8 PM. La transacción debía truncarse en el aparcamiento del hotel.

Resultado: Operación sin éxito.

Detalles: Poco después de que el dinero apareciese en escena, el objetivo, «Sam», sacó un arma de fuego que no se había detectado y «disparó» a la agente secreta «Lily» y al conductor del vehículo donde se trasladaba el dinero. Operación abortada por el inspector Fowles a las 9:45 PM. Puesta en común en la Academia de Policía de Goulburn.

—¿Ned?

Una mano sobre su brazo. Una voz que dice su nombre.

Ese sobrenombre le pertenecía de un modo más verdadero que el nombre que le había puesto hacía veinticuatro años una madre a la que apenas recordaba. Pocas personas habían sabido pronunciar bien su nombre de nacimiento, Nhu, pero habían sido los polis los que le habían sacado todo el partido a lo irónico de su apellido: Kelly.²

Despegó los párpados, tras los cuales estaba el mundo conocido. No había habido sangre, pero recordaba aún el desagradable olor a tubos de escape y un murmullo de motores de camiones. Sin embargo, en vez de eso la noche en Goulburn se llenó de rostros conocidos iluminados intensamente por linternas y faros de coche. Hacía dos semanas habían sido unos desconocidos, pero la intensidad del curso de misiones secretas de la Policía de Nueva Gales del Sur había forjado un sentimiento de solidaridad entre ellos.

Unos rostros que ahora estaban enfadados.

—¿Ned, estás bien?

Pete Robotham le pasaba la mano por el brazo como si ella fuese un animal necesitado de que lo apaciguasen. No estaba segura de si la tiritona que le recorría la piel era suya, de él, o era la descarga mutua de adrenalina. Pete era el responsable de la Operación *Tiger Lily*, por lo que compartiría parte de la culpa. Ella respondió que sí con la cabeza, pues no se fiaba de poder emitir aún ningún sonido, como tampoco se fiaba de poder soltar la puerta del coche.

Entreía otras voces, que protestaban enfurecidas como solo las personas verdaderamente contrariadas pueden estarlo. Ned perdió la noción de quién decía qué; la noche a su alrededor era una masa líquida y el resentimiento, una marea que estaba subiendo.

—¿Esto es lo que la Secreta entiende por un chiste?

² Ned Kelly (1855 – 1880) fue el forajido más célebre de Australia. (N. de la t.)

—Pues si me preguntas a mí, no tiene ni puta gracia.

—Ya, bueno, los de la Secreta son harina de otro costal, tío.

—Sí... Menudos gilipollas.

—Y aquí viene el gilipollas jefe.

Una furgoneta sin nada especial, con las ventanillas traseras tapadas, estaba entrando lenta y torpemente en el aparcamiento. Sus faros cegaron al grupo al virar hacia ellos.

El inspector Fowles el Suizo, jefe de la Unidad de Policía Secreta, supervisor del programa de formación y cabrón e hijo de puta en toda la extensión de los términos, se bajó del asiento del conductor.

—Bien, ¿quién quiere empezar?

Tenía el pelo gris y lo llevaba largo, como símbolo del estatus especial de los de la Secreta. Esa noche no se lo había recogido en una coleta. Lo llevaba suelto, y le tapaba los hombros, como si fuese Jesucristo. Era un tipo de brazos y piernas largos, con un cuerpo que en su día había estado en forma pero que, a medida que se acercaba a la cincuentena, empezaba a ponerse fofo. Se cruzó de brazos y se apoyó de espaldas en la puerta de la furgoneta. Fowles el Suizo, jefe de pista de su circuito particular.

Ned oyó que Figgy, su compañero de las oficinas de Bankstown y conductor del coche con el dinero del simulacro para el curso, carraspeaba y empezaba a exponer su excusa. El maestro de ceremonias le hizo callar con una mirada fija, en la que la incluyó a ella también.

—Usted está kaput, ¿se acuerda, Mathews? Usted y usted, agente Kelly. No son más que dos pruebas. En el mundo real, está tendido en el suelo y el oficial médico le declara fallecido y le mete un termómetro por el culo, mientras los de Pruebas Físicas le sacan unas fotos. Quiero que sus compañeros me expliquen qué fue lo que jodieron ustedes. ¿Tiene alguien alguna sugerencia?

—¿Qué, Suizo, para la próxima nos pondrá una *snuff movie*? —replicó otra voz del perímetro del grupo—. ¿Así es como se divierten ustedes?

Fowles se había ganado el mote de Suizo al resultar herido de bala durante una operación secreta en los años setenta. Había salido de aquella con más de un agujero en el cuerpo. Según la historia oficial, había sobrevivido de milagro. «El milagro es que solo le hayan

alcanzado en una ocasión». Esa había pasado a ser la frase con que le describían durante el curso de operaciones secretas. Parecía que no le molestaba esa animosidad sin tapujos. Fue pasando la mirada por todos los rostros, analizándolos como a presas. Ned se miró las manos. Las levantó, idiotizada por cómo le temblaban. Se avergonzó, así que las ocultó cerrando los puños con todas sus fuerzas, y los apoyó alrededor del borde de la ventanilla del coche.

—Era un montaje. —La voz de Pete Robotham delataba el cansancio acumulado a lo largo de dos semanas acostándose a las tantas, madrugones y exceso de alcohol—. Y mandaste a Murph para que se la jugase a Ned. Y a todos nosotros.

Aquello desató un murmullo de aprobación entre el resto de la clase. Pero el Suizo hizo oídos sordos a la observación y, sermoneándoles como si tener público le importase un pito, pasó a analizar cómo Ned había permitido que «Lily» acabase muerta.

—Lily no tiene aspecto de poli. Pero eso también puede ser un peligro. Estaba tan distraída coqueteando con Sam para torearle con lo del dinero, que pasó por alto todas las pistas. Todo ese rollo de si era de aquí, de si hacía kung-fu, de si tenía matones esperando para echársele encima... Lo que estaba haciendo en realidad era averiguar si representaba una verdadera amenaza, y ella no lo pilló.

Averiguar si era una amenaza. El burlete de caucho de la ventanilla se curvó bajo la presión de sus dedos. Ella había creído que Sam estaba bromeando, tratando de ligar, no midiendo si era o no un peligro.

—¿Y qué podía hacer ella? ¿Exigir un cacheo? Va cableada, aunque difícilmente iba a poder brindarse para que también él la palpara a ella. —Robotham preguntaba por mero sentido del deber, tal vez; porque era evidente que no le iba nada en ello.

—Largarse —respondió Fowles.

Un rugido de incredulidad.

—¡Y un cuerno! Entonces estaríamos echando pestes de eso precisamente —se oyó al fondo.

—A veces es necesario largarse. —El subinspector Sean Murphy rodeó el coche para colocarse entre el Suizo y el grupo de polis malhumorados. Aunque el Suizo fuese el jefe de la Policía secreta, Murph era uno de los integrantes de ese grupo especial. Él hacía en la vida real lo que ellos habían estado simulando durante la formación. Es-

cucharon sus palabras en silencio, con respeto, a su pesar—. Esto es solo un trabajo. No lo olvidéis. Algún día este consejo podría salvarle la vida a alguien.

A lo largo de las dos horas anteriores lo único que Ned había oído era esa voz (la voz de «Sam»), cargada de arrogancia y chulería. No hablaba así en estos momentos, sino lentamente, como si tuviese delante a unos críos revoltosos que requerían paciencia.

—Largarse. Siempre tenéis la opción de iros. Merece la pena haber jodido a una compañera para demostrároslo. —Murphy le tendió una mano a Ned.

Había estado jugando en primera división, y los de primera división jugaban sin reglas. Ahora podía portarse bien y estrecharle la mano, aunque lo que quisiera fuese darle una patada en los huevos. El problema era que no se sentía capaz de soltar las manos del coche.

—De todas formas, me gusta dispararle a un alumno por curso. —Murphy extendió un poco más su mano, que no temblaba lo más mínimo, y le dio unas palmadas en el hombro—. Sobre todo a los buenos. No me gusta la competitividad.

Dicho esto, el grupo se dispersó, riendo entre dientes mientras cada cual regresaba a su vehículo. El número había terminado, el honor había quedado restablecido, nadie había salido herido.

—Asamblea en quince minutos. Y quiero escuchar algo más que quejidos y excusas —ordenó el Suizo, haciéndose oír por encima de las risas.

—Vamos, agente Kelly. Déjeme que la lleve yo. —Sean Murphy abrió la puerta delantera del coche. Ella así con las manos bloqueadas el marco de la ventanilla. Sentía que le escocían los ojos, con lágrimas de rabia y vergüenza. No podía moverse.

—Respire, ya se han ido todos. Respire profundamente, despacio.

Entre el ruido de los portazos de los otros coches y los rugidos de los motores arrancando, casi pareció un mensaje subliminal. Tan solo el aliento cálido en su oreja le confirió realidad.

Con una caricia, le enganchó un mechón de su melena detrás de la oreja. La yema de su dedo dejó un rastro cálido a medida que recorría el mismo camino que había hecho el dedo de Sam, solo que esta vez el de Murphy continuó por un lado del cuello y siguió por

el hombro. Se acercó un poco más a ella. Su cuerpo despedía calor en la noche fría. Entonces su mano bajó más deprisa por la curva de sus costillas, recorrió rápidamente su cinturón y se coló por debajo de su camisa. Un tirón fuerte, para arrancarle el dispositivo de escuchas de la zona lumbar. Lo sostuvo en alto, delante de ella, con el esparadrapo colgando, y cortó la conexión. A ella aún le escocía la piel.

—Bienvenida a la Secreta, Ned. Esto es lo que hacemos. Nos acercamos, nos ganamos la confianza, hacemos que el otro se crea que somos su mejor amigo justo hasta el instante en que le jodemos vivos. Y así es como ellos se sienten en ese momento: con ganas de matar a alguien. ¿A que sí?

Estaba en lo cierto. Jamás en su vida se había sentido así de rabiosa. Pero no solo por lo que había pasado con la operación *Tiger Lily*. Él echó el Nagra dentro del coche y se volvió hacia ella. Le puso las manos sobre los hombros con firmeza para tranquilizarla, manteniéndola así a cierta distancia.

—Nos hacemos amigos y luego traicionamos, agente Kelly. A la gente peligrosa le hacemos cosas malas, pero jamás jodemos a los nuestros. Somos lo único que tenemos.

Notaba escozor en la zona en la que había estado pegado el esparadrapo. Esto la ancló a tierra. Ella le rodeó el cuerpo con los brazos, una mano a la altura de la cintura y la otra recorriéndole el centro de la espalda de arriba abajo. Sabía que él notaría que le temblaban.

—¿Pero qué te acabo de decir? Oye... —Él levantó ambos brazos y dio media vuelta—. Adelante, Ned, regístrame. No llevo ningún cable. Tú eras la agente secreta.

Estaba en buena forma física, con el torso duro bajo la camiseta de manga corta. Al subir un poco más los brazos, ella notó cómo se le deslizaban los músculos por encima de los huesos. Tendría unos treinta y tantos años, no era fácil saberlo con certeza. Cara de australiano, de esas que lucen las arrugas causadas por el sol como una insignia de honor.

Sam había sido un manojo de nervios, con tics en los brazos y las piernas y movimientos bruscos, pero con Murph todo eran gestos fluidos que se sucedían suavemente. A su alrededor el tiempo se ralentizaba, igual que alrededor de ella se aceleraba. Ned comenzó

a temblar de un modo tan violento que le castañetearon los dientes. Metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros. Las costuras le arañaron los nudillos.

—Vamos a llegar tarde a la reunión con el Suizo, Subinspector.

—No puede empezar sin nosotros. —Abrió la puerta del acompañante—. Y llámame Murphy. Tendrás que llamarme así cuando trabajemos juntos.

—Cosa que no pasará. —Sintiéndose frágil como el cristal, se agachó y se metió en el coche.

—Has hecho un buen trabajo, que conste. Improvisaste bien —dijo, sentándose al volante.

Ella tiró con fuerza del cinturón de seguridad, tanto que se bloqueó y no hubo forma de poder sacarlo. Él se estiró por delante de ella. Ned notó su peso encima de su cuerpo, percibió un aroma a mar. Él agarró su mano y consiguió sacar suavemente el cinturón de la pared del coche. Ella se hundió todo lo posible en el respaldo del asiento, forzando con ello la ruptura del contacto físico entre los dos.

Murphy volvió bruscamente a su asiento y metió las llaves en el contacto.

—¿De dónde eres, por cierto?

—De Bankstown.

—Muy graciosa. Me refiero a que de dónde eres originaria: ¿China? ¿Polinesia? Como dijo el Suizo, tienes una buena cara para operaciones secretas.

—Pues es mi cara, no una puta solicitud de trabajo.

Él arrancó el motor. El radiocasete del coche se puso en funcionamiento. Empezó a sonar una música sinuosa y siniestra.

—Joder, qué gracioso. —Ella sacó la cinta antes de que la canción llegase al estribillo. «Breaking the Girl».

—Este coche no es mío. —Murphy dijo esas cinco palabras lentamente, como si ella necesitase un tiempo para captarlas—. Esa cinta no es mía.

Era cierto. Era el coche del grupo de agentes de Bankstown, el que había usado Figgy para el numerito del dinero. Se había tirado todo el rato ahí metido él solo, esperando, escuchando la dichosa cinta de los Chili Peppers que estaba en el coche. Ned lanzó la casete al asiento de atrás.

—La adrenalina tiene que salir por alguna parte, Ned. Es mejor que encuentres una manera de usarla. —El cristal del parabrisas reflejaba su imagen, bañada en la luz verde del salpicadero, mirándola—. Déjate llevar y date el gustazo.

—¿Sí? ¿Y usted qué hace en esos casos, Subinspector?

—Bueno... —Metió marcha atrás y salió del estacionamiento virando el coche, moviendo hipnóticamente el volante—. Siempre está el sexo.

Ned abandonó Liverpool Road para enfilarse por Stacey Street y detuvo el coche. El tráfico de esa mañana de lunes, en plena hora punta, hizo que la Academia de Policía de Goulburn, el curso de misiones secretas y la operación *Tiger Lily* quedasen olvidados, formando parte del pasado. Estaba llegando al puerto de Sídney, a treinta kilómetros hacia el este, una hora de camino en coche. Allí además hacía fácilmente cinco grados menos de temperatura. Desde lo alto de Stacey Street, el barrio de Bankstown se veía como una rutilante piscina de cemento envuelta en la bruma producida por el calor de los tubos de escape de un millar de coches detenidos con el motor en marcha.

El área urbana de Cumberland Plain se extendía hacia el suroeste como una alfombra de calles, barrios residenciales y cubiertas de tejas rojas diseccionada por una velluda línea verde que serpenteaba a media distancia. El río Georges. Un río que llevaba el nombre de un difunto monarca inglés y una población bautizada en honor a un difunto botánico inglés, habitada en la actualidad por australianos de apellidos marcadamente no ingleses. Los barrios de esa zona eran un reflejo de la sucesión de remotos conflictos armados, librados en Europa del Este en los 50, y en Vietnam y Líbano dos décadas después.

El tráfico avanzó apenas unos metros. Había pasos elevados, pasos subterráneos, calles de sentido único, zonas peatonales y vías de tren justo por la mediana, pero todos los caminos que entraban en Bankstown parecían haber sido diseñados con el fin de hacer llegar coches a la cada vez más grande meca comercial que había en su centro: Bankstown Square. Cada año se comía un trocito más de sus alrededores. El gran socavón en el que se construiría su siguiente aparcamiento se había llevado ya por delante un juego de semáforos, junto con la esquina que habían ocupado, y se veía muy avanzada la demolición de un bloque de pisos. Los carteles anunciadores prometían cuatro niveles nuevos de plazas de estacionamiento. Pero ni una foto de los embotellamientos que habría que sufrir antes de conseguir una.

Ned fue moviendo el dial por los diferentes programas matutinos de la radio. El tema que dominaba las conversaciones y las quejas de los oyentes era la apertura de la *Operación Milloo*, el nombre con que se conocía la batería de sesiones organizada por la Comisión Independiente Anticorrupción, la ICAC, para investigar las relaciones entre policías y delincuentes. A Ned no le apetecía nada escuchar el análisis pormenorizado de la intervención de Neddy Smith en el programa *60 Minutes* por parte de las eminencias en la materia. El tipo había jugueteado como una estríper burda, apuntando a secretos sucios sobre robos a mano armada, chanchullos, Roger. Arthur Stanley *Neddy* Smith: el testigo estrella de la Comisión Anticorrupción. Si eras poli, y para colmo te apodaban Ned, la semanita prometía ser larga. Cambió de emisora.

El conocido rasgueo de guitarra salió por los altavoces. A Ned se le tensó la piel. Metió una casete, una de las antiguas de su hermana Linh. Reggae ligero y una voz vibrante sustituyó a los Chili Peppers. «Down to Zero». Habría podido ser la banda sonora de la operación *Tiger Lily*. En el estribillo acompañó a Joan Armatrading. A grito pelado.

Al llegar a la intersección, Ned vio finalmente el motivo de un atasco que era peor de lo habitual: un hombre tumbado bocarriba en mitad de la carretera con los puños levantados, soltando improperios con el habla ininteligible de los alcohólicos crónicos. A su alrededor los vehículos tenían que ejecutar una patosa danza.

—Santo Dios, Mabo, cualquier otro a estas alturas estaría criando malvas ya...

Para ser un hombre sin techo, tenía un montón de nombres. Los polis más viejos le llamaban Black Charlie, por el nombre del promontorio desde el que se accedía a los bunkers del aeródromo en tiempos de la Segunda Guerra Mundial. Pero la hornada más joven de agentes sabía que ahora aquella colina era el Condell Park, así que habían dado en llamarle Mabo, por el larguísimo proceso judicial sobre los derechos de los indígenas a sus tierras. Seguía siendo un apodo curioso, pensaban, pero era más «moderno». Solo le llamaban por su nombre de pila (Patrick Arthur Murray) los jueces de distrito.

De frente, a cierta distancia, se veía acercarse las luces azules giratorias de un furgón policial. Ned bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—Venga, Mabo, levanta antes de que te hagan papilla, so memo.

Mabo era un mendigo, olía a rayos y ella no quería que el pobre viejales se le metiera en el coche. Bueno, tan viejo no era en realidad: rondaría los cuarenta años. Pero décadas de cerveza y mala vida le habían envejecido prematuramente.

—Ay, hermanita. —Mabo se incorporó apoyándose con un codo en el firme—. Mala tierra, hermana. Tierra triste. Los blancos no le han hecho ningún bien a este país.

Hermana. Desde el día en que había puesto en ella por primera vez sus ojos inyectados en sangre, había sido su «hermana». Tal vez porque su cara era la única cara no blanca del chiringuito policial, un lugar en el que Mabo pasaba demasiado tiempo. Al vagabundo se le arrugó toda la cara bajo el peso del llanto. Se suponía que la bebida embotaba el dolor pero, en su caso, fuera cual fuera su dolor, parecía no tener cura.

—Anda que no habrá mil otros sitios, colega. —Señaló el bloque de pisos a medio demoler.

Mabo había merodeado por aquella ruina, había dormido entre los cubos de la basura, aullado al pie de las cuerdas de tender, bailoteado y escarbado en los costrosos cuadrados de hierba muerta.

—Mal sitio, hermana. Mal sitio, triste...

—Ya, vale, sí, Mabo. Eso no arregla nada, ¿sabes?

El furgón se acercaba dando botes por la franja de la mediana. Al volante iba un empleado en prácticas, bastante verde, que llevaba un mes trabajando en el Cuerpo. La otra mitad de la parte delantera la ocupaba un bloque macizo de color azul, con cabeza, hombros y cuello formando una silueta simiesca interrumpida por un par de orejas enormes.

—Mierda. Venga, Mabo, pírate. —Ned lo dijo en tono airado.

Como los coches de delante empezaron a moverse, los de atrás se pusieron a tocar el claxon. Pero ella no se movió. Un par de ojos lacrimógenos pestañeó lentamente, con los bordes enrojecidos y los globos amarillentos, como dos huevos fritos sin cuajar, donde debían haber sido blancos. La sirena del furgón lanzó un gañido, tan cerca ya que hacía daño.

Mabo pegó un brinco. El pánico sustituyó al dolor.

—¡El Feo!

Aún no se había secado del todo la tinta del informe de la Royal

Comisión sobre los motivos por los que los aborígenes morían como chinches cuando se encontraban bajo custodia policial y, sin embargo, sus recomendaciones habían hecho que algunos polis aguzaran el ingenio. Su difusión no había servido para que se ensañaran menos. A Mabo le arrestaban cada dos por tres. Por lenguaje obsceno, generalmente —otra manera de decir «por estar borracho»—. Pero por alguna razón, siempre que intervenía ese subinspector, el Feo, las faltas que motivaban su detención ascendían a tres: lenguaje obsceno, resistencia a la autoridad y agresiones. El Feo era un racista que aplicaba la norma de la igualdad de oportunidades: a ella le dedicaba comentarios sobre sus «tetitas juguetonas» o su «careto de china». Pero, al igual que las supuestas agresiones a la autoridad por parte de Mabo, jamás se lo decía si había testigos delante.

—Pues sí, es el Feo. Lárgate. —Ned dio unos golpes con los nudillos en el costado del coche, a ver si así conseguía que se pusiese en movimiento.

El negro esquelético juntó un par de bolsas de la compra y se marchó entre el atasco de coches que había detrás del de ella, perseguido por insultos y descalificaciones. El furgón de la Policía estaba casi encima de ella. Mientras el novato manejaba el micro de la radio y trataba de cambiar de sentido a la vez, el Feo lanzó una mirada fulminante a Ned. Ella subió la ventanilla con la manivela justo cuando la furgoneta pasaba por su lado, y volvió la cabeza al oír el golpe sordo del puño del Feo contra el techo de su coche. A pesar de la protección del cristal de seguridad, se estremeció del susto y se echó atrás rápidamente contra el reposacabezas cuando un escupitajo de viscosas flemas pardas se estampaba contra la ventanilla.

—Gilipollas.

Bankstown Square podía estar a punto de contar con un nuevo aparcamiento, pero no era el caso de la Comisaría de Policía de Bankstown. A veces, incluso, encontrar sitio para dejar un coche policial implicaba tener que darse un buen paseo desde el lugar de estacionamiento hasta las oficinas. En esta ocasión le tocó atravesar la zona comercial conocida como Old Town Plaza, caminando contra la corriente de esclavos oficinistas que acudían en tropel a coger el tren en dirección al centro urbano. Se compró un café en una cafetería

griega y un bollo en la panadería vietnamita. Cuando empezó a subir las escaleras de la comisaría, inhaló el perfume característico de la brigada de Bankstown: el olor rancio a tabaco, unido al de cerveza derramada, comida rápida y zapatillas de deporte. Más que una planta con despachos, aquello era un laberinto de cuartitos cuyas puertas se habían hecho practicando agujeros en unos tabiques que iban sucediéndose en círculo, de modo que al final llegabas al punto en el que habías empezado. Desde su mesa Ned podía cronometrar el trasiego de gente que subía y bajaba por las escaleras, con lo que una parte de su trabajo consistía en detectar a los que no querían ser vistos. Todo eso era su lugar de trabajo. ¿A quién se le ocurría?, ¿cambiar ese glamur por la Secreta? Debía de estar loca.

Durante su ausencia los papeles se habían multiplicado encima de su mesa. Haciendo caso omiso, se dirigió al sanctantórum de la planta, pasando por delante de varias mesas vacías. En un rincón del despacho de más al fondo, un pequeño cubículo de vidrio, TC estaba encorvado sobre su mesa, con la calva brillando bajo la luz eléctrica. Ver esas lunas de vidrio le recordó que las cosas habían cambiado mucho en los dos últimos años. El subinspector Trevor Charlton, Top Cat, había sido su compañero, su mentor, cuando ella había llegado al equipo de aspirantes a oficiales. Su primer día no había empezado bien. El jefe de policía Morgenstrom le había informado de que estaba allí porque él la había pedido, que tenía planes para ella, que quería que formara parte de la unidad de Relaciones Públicas. Entonces, al preguntarle por su dominio de otros idiomas, Morgenstrom se quedó a cuadros al oírla responder que tan solo había cursado un semestre de Literatura inglesa en la universidad. Su actitud de jefe amable y zalamero había hecho más aguas aún cuando se ofreció a costearle unas clases de vietnamita y ella rechazó el ofrecimiento diciendo que en Octavo había cateado Francés. Que el suyo era un coco monolingüe, vamos.

Pero suspender la prueba con Morgenstrom significó que había aprobado la de TC. Él la había acogido como compañera suya y la había formado. La pequeñina y el grandullón. Juntos habían arrestado a tipos malos y juntos se habían cogido unas buenas cogorzas para celebrar resoluciones judiciales, tanto buenas como malas. Ella había pasado ratos en el jardín trasero de su casa de la bahía de Gunnamatta, viéndole asar chuletas en la barbacoa mientras su mujer,

Lorraine, le enseñaba muy orgullosa las fotos del primer nieto. Tal vez Ned había llegado para llenar el vacío que habían dejado sus hijos ya independizados. Fuera como fuera, ellos sí que habían llenado un vacío en su vida, vacío que ella misma había olvidado que tuviese.

Ahora, dos años después, la habían nombrado oficial y a TC le habían ascendido a la pecera situada en la punta del barco. Inspector de policía. Con una mano se sujetaba la cabeza y en la otra tenía cogido un grueso lápiz azul. Estaba revisando los libros de servicios. Parecía un colegial enorme, prematuramente calvo, concentrado en un problema difícil de los deberes del cole.

—Hey, TC.

—Pequeña. —Levantó la cabeza, apartó los libros y se recostó en su silla. Listo para charlar, como siempre—. ¿Bueno, qué, tenía razón? ¿O tenía razón?

—Tenías razón. Son capaces de esconderse detrás de un sacacorchos.

—¿Y Figgy, qué tal?

—Genio y figura... —dijo ella, recordando su pormenorizada defensa del papel que él mismo había desempeñado en la operación *Tiger Lily*, durante el largo viaje de vuelta en coche desde Goulburn. Había sido un alivio llegar finalmente a la región de Sídney y soltarle en brazos de su mujer e hijos.

TC le había puesto el mote al agente James Mathews poco después de que el joven y ambicioso oficial hubiese llegado a Bankstown. «Figjam», las siglas de: «Fuck I'm Good, Just Ask Me» (Soy la hostia de bueno. Pregúnteme).

—¿Y tú?

—Me la colaron. Perdí el dinero, no vi la manteca...

Figgy podría añadir todos los detalles escabrosos. Con su estilo, el público dividiría el relato por la mitad y luego restaría.

—¿Te la colaron, eh? ¿Quién era tu objetivo? —TC se recostó en la silla, poniéndose las manos por detrás de la cabeza.

—El subinspector Murphy.

—¿Murph? ¿Se ha prestado a participar en un simulacro para un curso? —TC lanzó un chiflido—. Bueno, pequeña, no tienes por qué avergonzarte. Lleva tanto tiempo trabajando en la Secreta que seguramente se pone una notita en la almohada para recordarse a sí

mismo quién es a la mañana siguiente. Murph es más listo que cualquier drogata que te vayas a cruzar en la vida, y más espabilado que su jefe también.

—Bueno, fue más espabilado que yo.

Recordó aquella última noche en Goulburn, en forma de fogonazos de la memoria bajo los efectos del alcohol: las compulsivas rondas de copas de después de la asamblea, y luego, aquella misma noche, presa de aquel mismo torbellino de alcohol y necesidad, a Sean Murphy susurrándole tiernas palabras con la boca pegada a su garganta. Ned regresó de golpe a Bankstown y se agitó como para sacudirse de encima el recuerdo.

—Embusteros con tablas a los que les encanta poner en práctica sus embustes. ¿Y qué te pareció el Suizo?

—Que está a la altura de su fama. A su lado, mi jefe actual es un cielo.

—No hay peor crítica que el elogio tímido. —La sonrisa de TC se hizo más grande.

Poseía esa seguridad amable de quien se ganaba el respeto de toda una planta llena de agentes de la policía que al final de la jornada de trabajo estaban encantados de tomarse una copa con él. Lo que TC sabía de dirigir equipos era algo que no venía en los manuales, y eso se notaba.

—El Suizo se cree el puto amo de la Secreta, pequeña. Y Murph le deja.

—Ha merecido la pena echar un vistazo por mí misma, pero no creo que tenga madera para ser agente secreta, a fin de cuentas.

—Ná —repuso él, alargando la vocal—. ¿Y pasarse la vida haciendo migas con drogatas y agilipollados? Eso no es auténtico trabajo policial.

—Nada como estar aquí en Banky, ¿eh? ¿Qué me he perdido?

—Pues un caso de violación para el que nos habría venido de perlas tu toque personal.

Ned sintió una chispa de irritación, rayana en el enojo. Estaba hasta la coronilla de tener que sentarse frente a mujeres destrozadas y tener que sonsacarles un puñado de detalles que ansiaban borrar de su memoria. Cuanto mejor desempeñaba su labor, peor se sentía después. *Dios, lo había olvidado... Sí, me hizo eso... Es horrible...* Tener que refrescarles una agonía íntima espantosa. No se limitaba a ser

espectadora: entraba hasta lo más hondo, hurgaba en las heridas. Y lo dejaba todo por escrito, páginas y páginas de traumas pulcramente mecanografiados con letra apretada. Luego, engatusaba a las víctimas para que volviesen a desnudarse delante de un tribunal imparcial, en la fría sala de un juzgado donde, las más de las veces, volvía a violarlas un abogado estupendamente trajeado que recibía una buena minuta por hacer lo mismo que el acosador había hecho por placer. Toda esa mierda de cerrar así la herida... a ella no la convencía.

—Prefiero entrevistar a los malos. —Eso al menos le daba sensación de trabajo limpio, honrado.

—Ya, peque, pero sin declaración, sin víctima, no hay caso. —TC se encogió de hombros.

—Me hubiera tocado cogerles la mano, ¿verdad? Pues ya he tenido suficiente dosis de violaciones. No puede estar una compadeciéndose eternamente.

—Sí, si se hace bien. —Se inclinó hacia delante con una mirada de perro triste—. Si mantienes la distancia. Siempre que desde el punto de vista de ellas esté bien.

Desde el punto de vista del mundo exterior, TC parecía un osito de peluche. Pero más de un sinvergüenza había descubierto por las malas que su interior era de acero.

—No son amigas tuyas, Ned. Son tu trabajo.

—Otro mandamiento para la lista, ¿eh? ¿Va antes o después de «No follarás con el objetivo»?

—Solo te estoy diciendo que a veces es preciso fingir. Los agentes secretos olvidan que todo va de fingir. Todo.

—¿Ah, sí?

—Ah, sí.

—¿Me vas a contar alguna batallita?

TC había vivido tantas cosas en su vida profesional que eran pocas las personas, o los lugares, del Cuerpo de Policía de Nueva Gales del Sur de los que no supiese nada, o de los que no tuviese formada una opinión (o un expediente). La gente se fiaba de TC, le contaba cosas. Además, poseía un sexto sentido para las personas. Sus ojos castaños taladraban.

—¿Alguien en concreto de quien quieres que te cuente?

El teléfono la libró de las siguientes preguntas.

—Brigada de Bankstown, al habla el Inspector... Ah, eres tú. Sí, ¿qué hay?

Ella se dio la vuelta para marcharse pero él le indicó por gestos que se quedara y empezó a escribir algo. Como agente de la vieja escuela, seguía anotando los datos a mano.

—Ajá, ¿y quién está ahí ahora? Feo... —Levantó la vista hacia Ned y le guiñó un ojo—. Sí, vale, dile que se quede.

La conversación unilateral prosiguió. TC iba anotando datos con su letra picuda y dando instrucciones en tono directo: Pruebas Físicas, Médico, Equipo de Rescate de la policía. Colgó.

—Vamos, chiquitina, coge tu cuaderno. Tenemos un fiambre.

Se le revolviéron las tripas. El café y el bollo le subieron y le bajaron.

—¿Cómo de fiambre? —Miró en el bolso a ver si llevaba sus cuadernos; el marrón para los asuntos oficiales, el amarillo con espiral para la información sin filtrar, de primera mano.

—Muy fiambre. —Garrapateó una larga explicación en la pizarra portátil que en teoría servía para llevar la cuenta de los integrantes de la oficina.

A Ned se le arrugó la nariz. Retrocedió y rebuscó el tubo de Vicks en su cajón. No llevaba bien estar con fiambres malolientes y despelucados.

—Solo hay huesos, chiquitina, unos huesos metidos en cemento. No te va a hacer falta.

—Mujer precavida vale por dos. —Se metió el tubito azul en el bolsillo—. Al venir me crucé con Feo. ¿Qué pasaba?

—Bulldozer acaba de descubrir un repugnante secretito de alguien en el nuevo aparcamiento de Banskton Square.

—A lo mejor Mabo llevaba razón.

—¿Eh?

—Estaba participando en una manifestación individual contra la vida, el universo y todo lo que se menea.

—Estos huesos han aparecido metidos en cemento. Black Charlie no tiene tierras que reclamar en este caso.

El apodo de «Black Charlie» nunca había dejado de gozar del favor de TC, y en esos momentos estaba experimentando una especie de resurgimiento. Ya no se reían tanto a costa de «Mabo» después de que el Tribunal Supremo decidiese que la fe de Australia en

la «tierra de nadie» carecía de fundamento. La opinión de TC sobre el vecino aborígen de Bankstown que más veces había sido arrestado era de desprecio sin maldad. Ned prefería no pensar en ello. Así pues, se sentó al volante del Commodore de TC y se concentró en la conducción, en salir y entrar como una flecha por las callejas, en anticiparse a los cambios del tráfico. En un momento dado se saltó un semáforo en ámbar y TC la riñó.

—No hay prisa, pequeña. Al parecer, lleva esperando unos cuantos añitos. Por unos minutos más, no va a pasar nada.

TC exploró el dial hasta que dio con un programa de éxitos de todos las épocas. En opinión de TC, era imposible cansarse de escuchar «Hotel California». Cuando todo el mundo se volvía loco, a él le daba por ponerse flemático. Su manera de entender un asesinato, resultado de quince años trabajando en la Brigada de Homicidios, era que se trataba simplemente de una agresión con un informe del juez de instrucción anexo.

Ned había descubierto por sí misma que, en general, los asesinatos se resolvían solos. Al igual que los accidentes, tenían lugar en casa, los cometía alguien conocido por la víctima, tal vez amado por ella y que a su vez la amaba o la había amado en algún momento. Una esposa que ha tardado treinta años en responder a los ataques decide finalmente blandir una ganzúa. Una adolescente le abre la crisma a su tío con un ladrillo, en pago por una infancia destrozada por los abusos sexuales. Una madre recién parida, en plena depre, trata de conseguir una noche de descanso ininterrumpido. Todos diferentes en ejecución; todos demoledoramente similares.

Rara vez una persona mataba a un desconocido. Los asesinos normalmente mataban porque conocían demasiado bien a la otra persona.

El dueto de TC con los Righteous Brothers quedó bruscamente interrumpido por un avance informativo. El primer titular se refería a la entrevista de Neddy Smith en el *60 Minutes*, en la que había afirmado que la corrupción salpicaba a todos, del primero al último, del Jefe de la Policía a la señora de la limpieza.

—¿Lo viste? —preguntó Ned.

—No me molesté en malgastar luz para eso.

Hurgó en la guantera, sacó una de las casetes de Ned y la puso. Por los altavoces salieron los lamentos y los ritmos de Salif Keita.